

LA INUNDACIÓN DEL 73 EN SAN CRISTÓBAL

Medio San Cristóbal de Las Casas se había volcado aquella noche en el auditorio de básquetbol, para presenciar el Festival de Danza Celta que un grupo de bailarines irlandeses había llevado a la ciudad, para deleitarnos con su música y sus bailes.

A medio espectáculo se soltó un aguacero, tan fuerte que las láminas del techo resonaban por todo el recinto, como gigantescos tambores.

La pertinaz lluvia terminó diecisiete días después.

Se suspendieron las clases en toda la ciudad y la gente como si fuera romería, se asomaba en los puentes del río Fogótico de la calle del campo de aviación y en la carretera internacional, y del río Amarillo en la calle Real de Mexicanos y la entrada a la ciudad procedente de Tuxtla Gutiérrez, en el puente Blanco. El Fogótico, el más alebrestado, estaba desahogando en su caudal, 26 metros por segundo, de agua, volumen explicable porque el torrente acuático bajaba de la montaña para formar el río, hacia el valle de San Cristóbal. Me pareció algo increíble, pero los expertos de Recursos Hidráulicos que medían el caudal en el puente de la carretera, del lado de El Cubito me lo explicaron. Cantidad que me pareció exorbitante hasta que pude apreciar como el puente Blanco ya desaparecía gran parte bajo el amarillento y moviente líquido, detalle que pude apreciar con mi esposa e hijos, al subir en el volcho al cerro de San Cristóbal, para disfrutar de esa vista panorámica impresionante. Se podía apreciar como se iba extendiendo la mancha acuática, abarcando primeramente el barrio de San Ramón,

Se cerró el paso de la carretera panamericana, a la altura del Prodech, primero a los coches y luego a todo vehículo, cuando el nivel subió, haciéndolo infranqueable. Hasta ese momento la gente estaba hasta cierto punto tranquila, porque se encontraba libre el paso por el vado de la calle Real de Mexicanos, con el barrio de Tlaxcala. Cierta, podían pasar camiones y camionetas; pero yo, curioso como siempre, me lancé con mi tropa, en el volcho y cruzamos fácil, con calma hacia el otro lado. Los corazones de mis seres queridos se alegraron, al descubrir que por ahí podríamos transitar a cualquier hora. Me reí ante sus inquietudes, pues aunque ya no se pudiera pasar por ese vado, podíamos usar la carretera a Tenejapa, y a muchos lados más, por la panamericana, incluyendo el poder llegar hasta el otro lado del arroyo en el barrio de Tlaxcala, yendo por el Carmelito, villa Las Rosas, Venustiano Carranza, Acala y Chiapa de Corzo. Claro que sería una gran vuelta; sin embargo era factible poder hacerlo. Se rieron todos al percatarse de que sus ideas estaban siendo alimentadas por un miedo irrazonable. Después de esa experiencia, fuimos muchas veces por esa zona y aproveché para ver como estaba el Sumidero, el lugar en donde el agua que llegaba del valle para allá, por medio de los ríos, normalmente se desalojaba por esa falla geológica. Y no estaba funcionando, porque, por exceso de basura, se obstruyó, formándose así un gran lago que crecía a cada momento.

En esa temporada anduvimos paseando por todas partes y me dediqué a pintar al óleo, el panorama desde el cerro, la cabina de transmisión de la radiodifusora XEWM y cementerio, anegados casi completamente. También plasmé una vista desde el sur, del cerro de San Cristóbal, con la zona inundada, como si se tratara de un gran lago. Aproveché para pintar a la acuarela, el laguito que se formó en el remanso del Sumidero. En esa ocasión, por cierto, me tocó ver una escena que superaría lo mejor del teatro de comedia: en un montículo se encontraba un

funcionario de Recursos Hidráulicos vestido con un mono amarillo y casco del mismo color, que se comunicaba por medio de un radio portátil, con otro, quien vestía el mismo atuendo, armado con otro radio portátil. Lo curioso y chusco es que cada uno de ellos, estaba sobre un montículo, y la distancia entre ambos, no era superior a los quince metros, pero se comunicaban por radio, cuando se podía hacer directamente.

Se comentó en la ciudad que el agua estaba avanzando hasta el taller de Pancho Román, en la calle Diego de Mazariegos, la que en su momento, llegaría a las puertas de la iglesia del Calvario, en la calle 5 febrero entre 5 de mayo y 12 de octubre, y en mi calle, en la Primero de Marzo, a no menos de ciento cincuenta metros de mi domicilio. Cual nata color café con leche, el contenido de los ríos, iba cubriéndolo todo.

Inexorablemente la inundación estaba llegando a abarcar gran parte de los asentamientos humanos, aledaños al río Fogótico, en San Diego, al rebasar sus márgenes. Asimismo, en el barrio de San Ramón y las zonas cercanas al puente Blanco, en el Barrio de La Merced, cerca de mi casa.

Fue de pesadilla para las personas que sufrieron la pérdida de perder un ser querido, en esa época, porque además del duelo, para poder transportar el cadáver, para darle sepultura en el cementerio, tuvieron que llevarlo en lanchas, al igual que al cortejo fúnebre, y hubo algunos casos en que el lugar de la inhumación, estaba anegado.

Sí, de pesadilla, si agregamos que en algunos lugares, el calado de las lanchas no permitía usarlas, dada la poca profundidad.

Para apoyar a la comunidad se armaron dos grandes carpas, que servían de cocinas y comedores, donde los chefs del Ejército preparaban con sus cocineros, ricos y variados platillos para todo, sin costo alguno. En la comida servían una sopa, el guiso, frijoles tortillas, agua de frutas y/o café. Chanita y yo probamos un día y nos encontramos con un platillo con arroz blanco, frijoles refritos, un guiso de res en salsa verde y tortillas. Acompañados de un vaso de agua de frutas, con la opción de café, para quien lo quisiera. Todo riquísimo. Mi esposita, inquieta por la receta de la carne enchilada, preguntó por ella y el hombre no sólo nos la dio, sino que nos invitó a regresar cuando quisiéramos.

Por fin, el tres de septiembre dejó de subir el nivel del agua y para quien no ha vivido estas experiencias, creería que allí se terminó todo. Ojalá fuera tan fácil con estas peripecias, pero no., pues el problema realmente empezaba a florecer, porque los sistemas de saneamiento en casa eran nulos en las zonas anegadas. Así que si agregamos los casos de salud, como enfermedades del sistema respiratorio, de la piel y tifoidea que se fueron presentando, no disminuyeron al terminar de subir el nivel de agua. Sino todo lo contrario porque el agua estancada, sin movimiento, permitía que se exacerbaban.

Hubo necesidad urgente del saneamiento casa por casa, y manejo de lo que sería el plan DN3.

Viendo como pintaba el panorama decidimos pasar la Semana Santa con los tíos Bertita y Jesús en Tonalá, en la costa.

Queriendo salir de Guatemala caímos en Guatepeor, como narraré en otra ocasión